

EN las luchas políticas contemporáneas lo habitual ha sido con-

LA DEMOCRACIA ANTILIBERAL

siderar como fraternos y mutuamente implicados al liberalismo y a la democracia. Así se llegó al vocablo «demoliberalismo». Y, sin embargo, las ciencias sociales han demostrado que democracia y liberalismo son dos nociones no ya separables, sino muy distintas y, en cierto modo, contrapuestas.

El gran Radbruch explicó en 1914 que «entre liberalismo y democracia no sólo existe una diferencia de grado, sino de especie», y al cabo de un extenso y detenido contraste señaló que son «dos concepciones distintas del mundo». Kelsen, el máximo jurista de su época, escribió en 1920: «La democracia es compatible con el total aniquilamiento de la libertad individual y con la negación del ideal del liberalismo.» Ortega y Gasset se hizo eco de esta precisión en 1927: «Liberalismo y democracia son dos cosas que empiezan no teniendo nada que ver entre sí, y acaban por ser, en cuanto tendencia, de sentido opuesto»; y citó el ejemplo de las democracias antiguas, que «desconocían la inspiración del liberalismo». Entre otros muchos altos testimonios aduciré finalmente el del más eminente teórico liberal de nuestro tiempo, Hayek, quien en 1959, después de revisar detenidamente la cuestión, concluyó: «A la democracia se le opone el autoritarismo, y al liberalismo, el totalitarismo. Ninguno de los dos sistemas excluye necesariamente al opuesto. Una democracia puede ejercer poderes totalitarios y es concebible un Gobierno autoritario que aplique principios liberales.»

A pesar de la lúcida y convincente bibliografía científica sobre la contraposición entre liberalismo y democracia todavía cabe intentar algún avance. A mi juicio, lo radical es que se trata de dos categorías conceptuales: la democracia es un *método* para designar a los gobernantes y el liberalismo es una *ideología* con pretensiones de filosofía moral; aquella es formal y adjetiva, y éste es material y sustantivo. Por eso hay democracias antiliberales, como las socialistas, y hay liberalismos no democráticos, como el salazarista. Y así se explica que el nacionalsocialismo totalitario se implantara a través de la democracia, y que se pueda llegar a ésta a través de un golpe militar, como aconteció en nuestro siglo pasado, o desde la legalidad de un autoritarismo liberal, como acaba de suceder.

Pero lo más interesante no es la tajante distinción entre dos conceptos que el vulgo y los políticos suelen confundir; es que el método democrático no tiende a favorecer el triunfo de la ideología liberal, sino más bien su repliegue. Veamos por qué. En primer lugar, la democracia inorgánica consiste en el imperio de la mayoría numérica: la Ley es la expresión de la mitad más uno

y todo cuanto ésta decida se convertirá en Derecho, con lo cual el poder de los más sobre los menos es absoluto. Cabe, por citar ejemplos muy próximos, anular retroactivamente los derechos de pensión laboral adquiridos de los ex ministros y se puede confiscar bienes sin indemnización con el expediente de considerar como beneficio real lo que es simple reajuste del precio monetario a causa de la inflación. Todo ello es la negación del liberalismo, que defiende unos principios generales y unos derechos de la persona anteriores a cualquier ley del Estado, y que éste no debe transgredir por grande que sea la mayoría en que se apoye. La dictadura de la superioridad numérica, aunque es formalmente democrática, suele ser materialmente antiliberal.

En segundo lugar, las democracias modernas han demostrado que son inseparables de la constante extensión de competencias. Los Parlamentos y las burocracias no dejan de ocupar nuevos ámbitos antes reservados a la libre iniciativa social, y no se detienen en su inclinación a reglamentar, cercenar y homologar la actividad de los ciudadanos, cada vez más encorsetados por un ordenancismo estatal infatigable, y cada vez más inseguros ante una legislación inabarcable y en perpetua reelaboración. Esta constante invasión funcional va expropiando ese campo de autorrealización de la persona que el liberalismo pretende ensanchar.

En tercer lugar, las democracias modernas han puesto de manifiesto que son promotoras del aumento del gasto público. Las Cortes tradicionales, como otras Asambleas, nacieron para frenar la voracidad fiscal de los Reyes absolutos, y lo consiguieron durante siglos. Pero los parlamentarios democráticos, en vez de ser moderadores del gasto, se han convertido en instituciones que aspiran a administrar porciones cada vez mayores de la renta nacional para sostener a la clase política, a la burocracia y a las clientelas, y para disponer de más poder. Por ejemplo, en nuestra patria los

gastos del Estado se han cuadruplicado en sólo seis años.

Cuanto mayor sea la participación del Presupuesto menores serán las posibilidades de tomar iniciativas económicas privadas y mayor será la coacción fiscal, que suele tender a primar a los fracasados y a penalizar a los triunfadores. El liberalismo económico es exactamente lo contrario: reducción del gasto público al mínimo, estímulo al espíritu empresarial y remuneración según el mérito. Hasta la aparición del marxismo, la democracia se alió con el liberalismo; pero a medida que se transformó en democracia «social» fue reduciendo el margen de autodeterminación del ciudadano y acentuando, por tanto, el antiliberalismo. Francia nos recuerda ahora que por la vía intervencionista se puede llegar a una economía nacionalizada, que es exactamente lo contrario del modelo liberal.

En cuarto lugar, las democracias modernas tienden a estar monopolizadas por unos partidos cada vez más rígidos, con lo que se transforman en partitocracias. Una de las características de ese sistema es que, mediante el escrutinio de listas cerradas, es el aparato de los partidos el que selecciona a los candidatos. De este modo el ciudadano queda privado de la iniciativa política y constreñido a optar por alternativas que pueden no satisfacerle y que le obligan a decidirse por el mal menor. La democracia partitocrática elimina al diputado independiente y, exigiendo la disciplina de partido, prohíbe la independencia mental al elegido. La libertad política queda así muy limitada. Es otra tendencia antiliberal de las democracias modernas.

Hoy la ideología antípoda del socialismo estatizador no es el conservadurismo, ni la democracia cristiana, ni menos aún el nazismo o el fascismo, que son socialismos nacionales, sino el liberalismo genuino, no el de algunos partidos que usan ese nombre para pactar con Marx. Si la ideología liberal tiene futuro, como lo han demostrado Friedman en economía y Hayek en política, es porque la democracia no sólo no es constitutivamente liberal, sino que se está tornando antiliberal, y para evitarlo hay que reducir las dimensiones económicas y administrativas del Estado, limitar el poder público y ensanchar la esfera de autónoma realización individual. Menos elefantiasis burocrática, menos impuestos, menos intervencionismos, menos paternalismo igualitario y menos imposiciones del aparato partitocrático, son reivindicaciones liberales que tienen mucho sentido, porque la democracia está evolucionando en la dirección contraria. El liberalismo es una ideología que reivindica un valor permanente y noble, el hombre, mientras que la democracia es un método que apela a una receta coyuntural y vulgar, el número. De ahí la necesaria subordinación de la aritmética a la ética y de lo democrático a lo liberal.

Gonzalo FERNANDEZ DE LA MORA